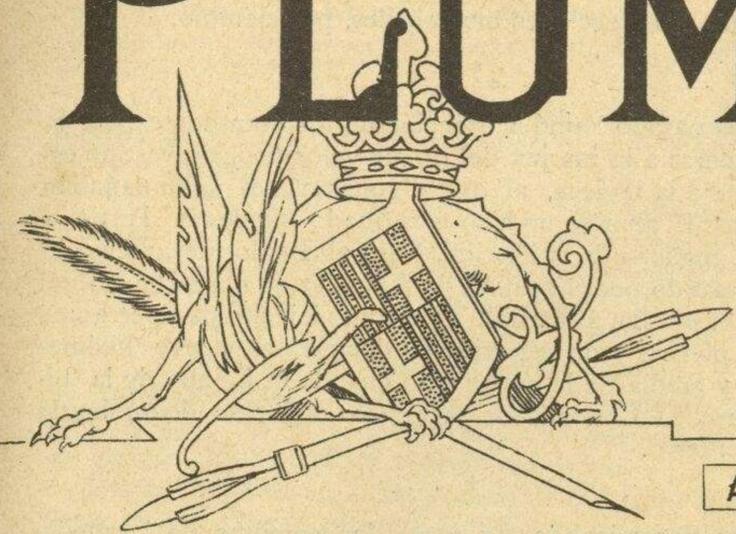


PLUMA Y LAPIZ

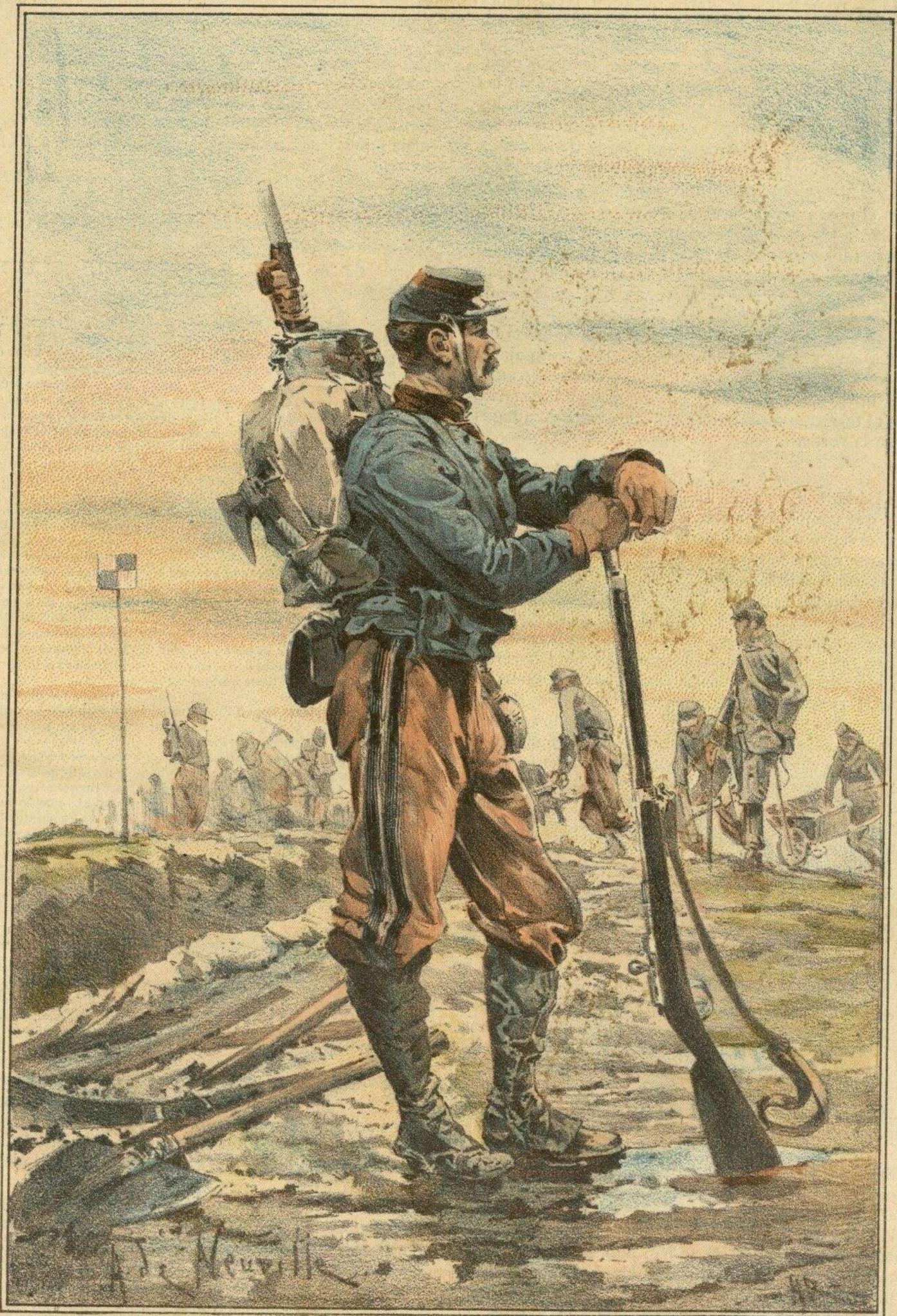


PERIÓDICO · LITERARIO · ILUSTRADO ·

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

Fuentes



ZAPADOR DE INGENIEROS



DESDE LA PUERTA DEL SOL

BUEN pan hay... Buen pan hay...
 Pues señor, digan lo que quieran nuestras queridas primas las perdices, está bastante lejos la costa de Africa... Venimos reventadas de volar... Y con la tormenta que nos ha cogido al pasar el Estrecho... En fin, todo sea por bien empleado... Ya nos encontramos entre nuestros lentiscos españoles, y, desde mañana, nos despertarán las coplas del gañán que prepara las yuntas, los relinchos de las mulas, y los mugidos de los bueyes... ¡Que agua tan rica la de la charca de los fresnos!... No habrá variado nada... Seguirán los mismos guardas y los mismos

cazadores... Ese es el punto negro: la escopeta.

Ea, vamos á dar á las golondrinas, antes de acostarnos, el encargo de sus parientes los vencejos, de que llegarán de un momento á otro... ¡Diablo!... ¡Si parece que está deshabitada la torre!... ¿Que no han venido aun este año, paloma?... ¡Pero V. sabe lo que se arrulla?... ¡En fines de Abril?... ¡Ah, no, no; buen pan hay, no es natural semejante ausencia!... Es preciso averiguar la causa del retardo... Ya debían encontrarse aquí, en sus aleros... Son pájaros muy puntuales, que no faltan á su pitido... Cuando ellos se retrasan, algo les dice su instinto maravilloso... ¿Quizás olfatean la peste?... ¡Sí, sí!... Volemos al telégrafo á preguntarles... Son buenos amigos y nos manifestarán la verdad...

* *

El nombre de Bárbara Lamadrid sonaba, entre nuestros contemporáneos, más que como una actriz, como una institución. Su hermana Teodora se retiró más tarde de la escena; todavía, los que comenzamos á peinar canas, la recordamos en las tablas; de Bárbara no hacen memoria sino los que gastaron corbatín de siete vueltas ó casaca de guardia de corps.

El género predilecto de Bárbara Lamadrid era la tragedia; la exquisita ternura de su corazón, su espíritu sutilísimo, la hacían apta como ninguna, para tal manifestación del arte. Los que la oyeron, aseguran que no se podían retener las lágrimas escuchándola; resultaba la realidad. Su nombre debe de grabarse con letras de oro junto al de la Ristori. Napoleón la hubiera hecho poderosa; ahí está Talma. Pero quizás su misma exquisitez de sentimiento la arrastraba al hogar, á la sombra, al retiro, y, á pesar de sus éxitos, se apartó de buen grado de la escena, volviéndole la espalda á la gloria... ¡Quien sabe!... Tal vez vió que los resplandores de la fama deslumbran, pero no calientan.

Hace dos ó tres días que se ha verificado su entierro, humilde, sencillo, como cumple á los que en esta tierra generosa, pero pobre, se dedican al arte... Tenía ochenta y cuatro años... Era la única que quedaba, salvo su hermana, de aquella pléyade de grandes actores, de nuestros padres.

* *

Ella, Barcelona, la gran ciudad moderna, con unos alientos heroicos, adelantándose á la dorada capital del reino, tuvo la honra de celebrar en su recinto la primera exposición española... Mientras aquí nos consumíamos y gastábamos nuestras fuerzas en miserias políticas, en pugilatos de vecindad, élla acometía la enorme empresa de improvisarlo todo, para ofrecer á los ojos del mundo una prueba de su valer y del valer del resto de la nación. Demostró entonces que su industria puede competir con la británica, é hizo ver, proporcionando la ocasión, que este hermoso rincón de Europa nada tiene que envidiar á los demás países del continente. En cuanto á la población, no hay más que verla. Por donde quiera que se camine encuéntranse mejoras debidas al memorable certámen universal.

De nuevo, la ciudad de los condes, se dispone á congregarse á todas las naciones en su recinto... Ya se han publicado los carteles anunciadores, convocando á una Exposición Universal... También aquí hacemos pinitos y nos disponemos á celebrar otra el año próximo... ¡Cual se llevará á efecto de las dos? Obras son amores: la

de Barcelona... En Madrid no tenemos tiempo para tales minucias preocupados con las elecciones municipales, por ejemplo.

* *

El domingo pasado llamó la atención de los transeuntes, en la carretera que corre á la margen del río, un velocipedista, vestido escrupulosamente á la inglesa, al que algunas veces acompañaban otros ciclistas. El aludido no hizo más que lo siguiente. Partió á las siete de la mañana de la Florida, llegó al Pardo, desanduvo lo andado, y, tomando por el camino de Aranjuez, se plantó en el Real Sitio, tornando, por fin, á Madrid. Total: un viajecito de doce horas moviendo las piernas y un recorrido de doscientos nueve kilómetros; las siete y media de la noche eran cuando se bajaba de la bicicleta. Llámase D. Carlos Rodríguez, pero mejor se denominaría el hombre de hierro.

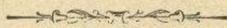
* *

Los faroles parpadeando de sueño, las sombras de la media noche disfumando los árboles, la jente que sale del teatro de Apolo... Una silueta elegante de mujer, de figurita de china, se abalanza, de pronto, sobre otra silueta femenina, no menos gallarda, y las siluetas comienzan á bofetada limpia, como dos dibujos al negro que se pegan... Acuden los transeuntes, las separan; las damas maltrechas se van por distintos y opuestos sitios, y, rozando con sus alas las copas de los pinos, con su carcaj lleno de flechas de oro, perdiéndose en la penumbra, un chicuelo, muy ligero de ropa, se aleja por la calle de Alcalá arriba, á contarle á él el nocturno duelo.

ALFONSO PEREZ NIEVA



CARTAS DE ELLAS



I
 Y, como te decía, sólo por demostrarle á aquella fiera que, aunque él me haya matado, todavía le puedo yo matar á mi manera, por esto, y porque el tiempo corre tanto que, á poco que cualquiera se entretenga en vestir á cualquier santo, se queda eternamente ya soltera; sabiendo, con la fé del desengaño, (que es una luz que llega á lo profundo de las sombras más negras del infierno) que, aunque es ave el amor de todo el año, el buscar corazones en el mundo es buscar golondrinas en invierno; como, para llegar á ser esposa todos los medios dicen que son buenos, me caso... con la renta fabulosa de un Grande de Castilla, nada menos. Sé que voy al altar, como si fuera á echarme de cabeza en un abismo; pero, ¿qué voy á hacer, si eso no hiciera? Ya que todos los hombres son el mismo, ¡para hacerme infeliz, basta cualquiera!

¡Ah! ¿Lo que pienso hacer? Pues... nada, [nada;

quererle, si es que puedo, que lo dudo, y envolver mi virtud en un escudo, y arrinconarla en mi alma, y ser honrada. Sé que, siendo yo hermosa, aunque no tanto como aquél me decía, tal vez porque, mirándome, el encanto de sus ojos de cielo me ponía, no les ván á faltar á los quejidos eternos de mi eterno desconsuelo, ni música de amor en mis oídos,

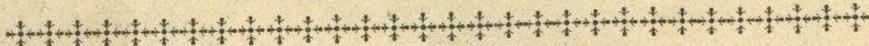
ni esclavos, de rodillas en el suelo; pero nadie, jamás, podrá arrancarme más de lo que he de dar á cualquier nécio: miradas de puñal, para vengarme con un desprecio cruel, de aquel desprecio. ¡Pobre del que se ponga en mi camino compasión implorando! Como me he de vengar de un asesino, ¡tengo unas ganas de morir matando!...

¿Si viniera él? No, no; ¿quién piensa en [eso?

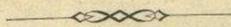
A él sí que le daría, no digo mi virtud, la gloria mía, nada más por un beso... Pero él no ha de venir y, si él no viene, ¿á quién se ha de entregar esta belleza, que ha sido ya una vez de aquél, que tiene todo el oro del sol en la cabeza? Que ¿qué haré, á todo el mundo indiferente, ahogándome en mis penas y en mi llanto? Pues... adorar al sol cándidamente, porque es rubio como él, ¡aunque no tanto,

II
 ¡Pobre de mí, María! ¿Recuerdas que te dije yo aquel día, que, aquel ingrato amante era el único rubio que podía deshacer mi virtud en un instante? Pues bien; pues he luchado lo indecible por vengarme, en otro hombre, de su olvido! y ahora, cuando ya es tarde, he conocido que me he puesto á luchar con lo imposible. Rompe la carta aquella... ¡ya he faltado á todo lo que en ella te decía!... Pero, ¿qué voy á hacer, si me he encontrado otro rubio, más rubio todavía?...

MARCIAL DE LOS RIOS



¡POBRE SINFOROSA!



ESTA Sinforosa es criada *para todo*, quiero decir, para un fregado como para un barrido, en casa de mi amigo Sebastián, que además es vecino mío.

Pues bien, esta Sinforosa es muy desgraciada porque...—guárdenme Vds. el secreto—está enamorada de su señorito, de mi amigo Sebastián.

Por supuesto, sin que Sebastián, ni su esposa, ni el verbo Divino, sepan una palabra. Lo sabemos Sinforosa, ustedes y yo. Conque no corran Vds. la voz por ahí.

Sinforosa, como digo, es muy desgraciada, porque ama sin esperanzas. ¡Ay! ¡amar lo imposible! ¡qué triste cosa es!

No sé si entre Vds. habrá alguien que no comprenda esta clase

de amores. Ese tal lector no se explicará bien la situación de Sinforosa. ¡Ah! yo sí. Yo he amado imposibles, mujeres separadas de mí por el abismo de la posición, ó el de la fortuna, ó el de un marido celoso...

Sinforosa es *de pueblo*, quiero decir, no ha nacido en Madrid, pero ha venido á la capital hace poco, y, aunque paleta y sirviente, no es una mujer vulgar.

Su padre es maestro de escuela en un pueblecito pequeño, y, como el Gobierno no paga á los maestros, estos se sacuden como pueden la familia, y Sinforosa, que sabe leer y escribir, y como el memorialista de *La canción de la Lola*

«tiene también su poquito
«de ortografía en la mano»

ha tenido que venir á servir á Madrid, y ha entrado en casa de Sebastián, donde la infeliz Sinforosa ha encontrado la cautividad de su corazón, cautividad sin redención posible.

Sebastián no es un Adonis ¡nada de eso! Cara regular, nariz regular, ojos regulares, estatura regular, y empleado en Hacienda con 8,000 reales. No hay hombre más regular que Sebastián.

Pero si se le compara con los otros hombres que Sinforosa ha visto y ha tratado en su pueblo, (el hijo del secretario, el hijo del albeitar, el hijo del sacristán, el hijo del juez) Sebastián resulta, á los ojos de ella, como un hermoso Abelardo, ó un Macías, ó un Diego Marsilla, en fin, como el ideal soñado por la más poética fantasía.

¿Como ha ido engendrándose la pasión amorosa en el pecho de Sinforosa? Eso cualquiera se lo explica.

Le vió la primera vez y le agradó; la segunda le agradó más; la tercera... no hay que decir; y el corazón de Sinforosa fué como una lucha en la que una persona económica fuera todos los días depositando una moneda; al cabo de un mes el amor ya no cabía en el corazón de Sinforosa, ni esta entraña en el pecho de la chica, que á medida que le crecía el corazón le menguaban las carnes y le sobraba vestido.

Ella hubiera abandonado la casa, huyendo de aquel imposible, pero ¡ah! ¿quien ignora el atractivo de los abismos? Sinforosa está secretamente encadenada al objeto de su pasión, como el forzado al remo, como la lapa á la roca, como la oblea al papel.

Siente, además, con tal amor, cierta satisfacción molesta, cierto bienestar doloroso, cierta alegría triste, parecida á la del martir religioso, á la de la monja que azota sus carnes y la accontenta el dolor que sufre.

Pero no dá pié con bola, es decir, no hace cosa con cosa, y se pasa los días, tropezando con todo, las noches en vela, y todo el tiempo suspirando. No come, no habla, no sonrío—¡cómo!— y mira con ojos mustios á todos, á todos menos—¡ay!—al objeto de su secreta pasión.

Sebastián ignora todo aquello—¡naturalmente!—y va y viene por la casa, en mangas de camisa, siempre tarareando alguna copla de las zarzuelitas más en boga.

Si por casualidad se cruzan en el pasillo Sebastián y Sinforosa, esta tiembla, siente una sacudida como una descarga eléctrica, lanza un suspiro, y deja caer lo que lleva en la mano. ¡Aunque fuera el copón!

¡Santo Dios, qué manera de romper loza!

La esposa de Sebastián, Tomasa, (una buena moza que recomiendo á ustedes ¡es decir, que recomiendo á la admiración de ustedes!) ha llegado á notar la torpeza de Sinforosa, que no se aviene con su aspecto, con la prudencia de que dá muestras en otras ocasiones.

El otro día, después de haber dejado caer la infeliz enamorada un plato con vaso, jícara de chocolate, pan, cuchara, etc., Tomasa la llamó.

—¡Sinfo... oiga usted!

(Tomasa la llama Sinfo, y Sebastián Rosa. Se han distribuido el nombre de la criada, por ser muy largo.)

Sinfo...

—Señora.

—¿A usted le pasa algo?

—Señora...

—Rompe V. más loza que un terremoto.

—Crea V. señora... que lo siento...

—¿Está V. enferma?

—¡Ay! (*suspirando*) ¡no!

—¿Está V. á disgusto en la casa?

—¡Ayyy!... (*suspiro hondo*) ¡no!

—¿Tiene V. penas?

—¡Ayyy!... (*suspiro*) ¡Si!

—¿Cosa de noviajos?

—¡Ay!... (*suspiro*) ¡no!

—¿Malas noticias de su familia?

—Están todos buenos, á Dios gracias.

—Pues es preciso que ponga V. cuidado con las cosas, por que no vamos á ganar para platos.

—La señora puede descontármelos de mi sueldo. Comprendo

que debo pagarlo. Además, yo no necesito sueldo. Todo me sobra, no quiero nada.

—¡Vaya! ¡Hágame V. otro chocolate!

Y Tomasa se quedó diciendo. «Estas criadas tan decentitas y á medio instruir son una calamidad. Muy sumisas, muy respetuosas, pero todas tienen la cabeza á pájaros.»

Sebastián, por su parte, ha observado también que Sinforosa sufre alguna alteración en sus facultades, pero no dá importancia á la observación, aunque de cuando en cuando se queda mirándola fijamente, como si quisiera averiguar que tornillos son los que faltan á aquella máquina humana.

Hace pocos días, Sebastián y Sinforosa estaban solos en casa.

No, no se alarmen ustedes, que no habrá motivo para ello.

Sebastián pidió agua para afeitarse, y Sinforosa equivocó las cafeteras que había á la lumbre, y en vez de agua caliente vertió, en la taza de jabonar, café con leche.

—¡Ay!—dijo, toda temblorosa, la infeliz criada.

—Rosa—exclamó cariñosamente Sebastián—¡á tí te falta algo!

—¡Si señor!—respondió tímidamente ella, con los ojos preñados de lágrimas.

—¿Quizás un novio! ¿Quieres que te busque un novio?

Sinforosa calló; quiso retirarse, pero las piernas no le obedecían; anduvo dos pasos, vaciló, y cayó al suelo desmayada.

Sebastián la recojió, la sentó en el sofá, y la hizo aire con un periódico, mientras cantaba para sus adentros

«Pobre chica
la que tiene servir.»

Sinforosa recobró el sentido, dijo tímidamente «muchas gracias» y se retiró, vacilando, á la cocina, donde se dió un hartazgo de llorar.

Sebastián no ha preguntado á Sinforosa qué motivos había tenido para desmayarse. Se contentó con decirle:

—Esos desvanecimientos, proceden del estómago, Rosa; púrgate.

—¡Oh ignorancia! Aconsejar depurativos á un alma *inamorata!*...

Y así continúan las cosas.

Sebastián, cantando coplas de Chueca.

Tomasa, engordando, y cada vez más guapa.

Solo la pobre Sinforosa continúa—¡pobre víctima ignorada!—suspirando, inapetente, desvelada, temblando á presencia de su señorito, y rompiendo á diario algún cacharro.

¡Compadezcan ustedes, como yo compadezco, á la pobre Sinforosa!

(Prohibida la reproducción)

MANUEL MATOSES



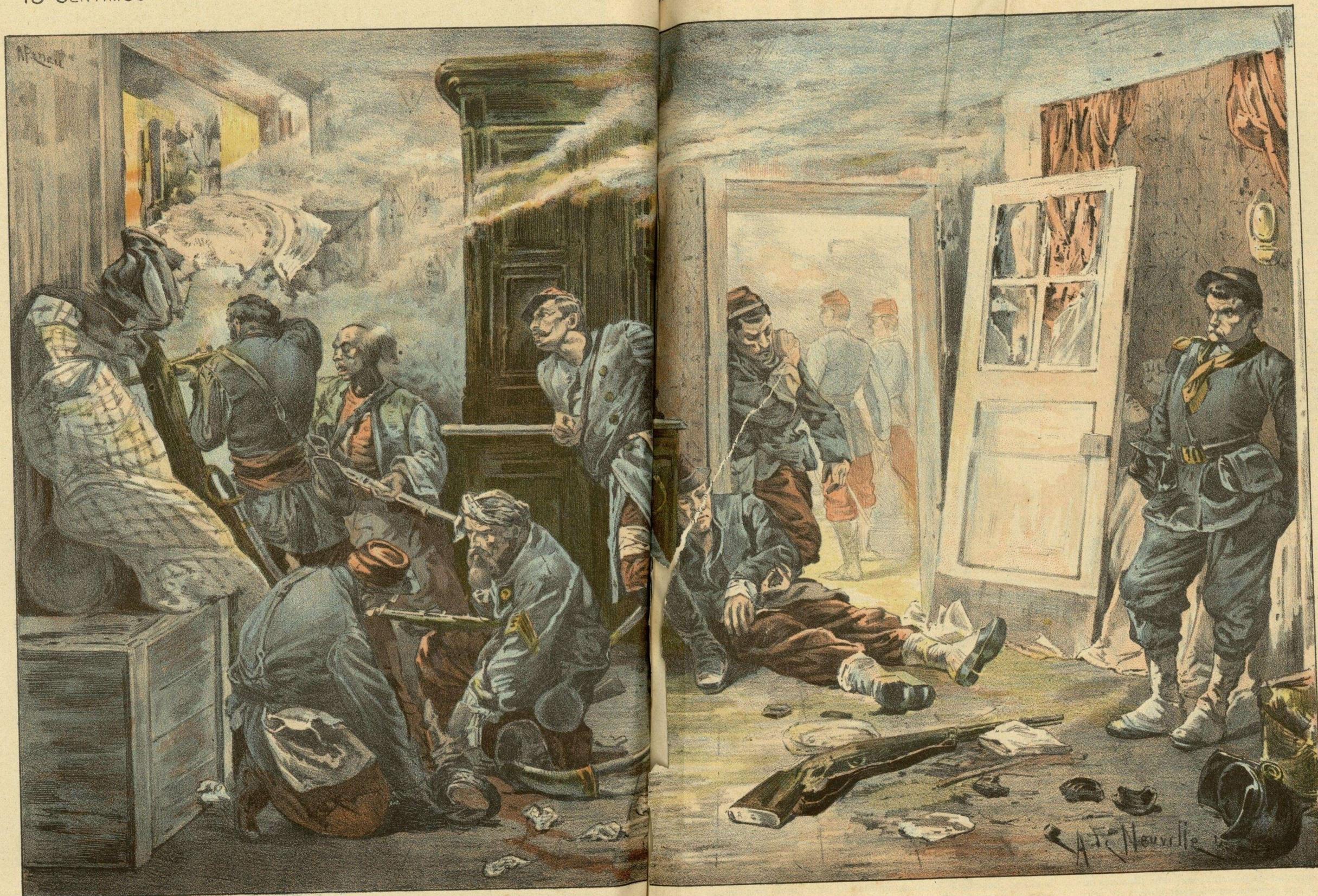
HISTORIA DE UN DURO

CONTADA POR ÉL MISMO

◆ (conclusión) ◆

Un *muñidor* de elecciones, buen mozo, de edad lozana y de cabeza ligera,

V con chanchullos y añagazas electorales ganó una cantidad de plata



El ult cartucho

razonable, y decidido resolvió el hombre gastarla en un solo día, pero la cosa, mejor pensada, quedó reducida á que solamente se gastara algo de ella; destinó, para echar aquella cana al aire, quinientos reales, que en Madrid pronto se gastan. Se me metió en el bolsillo —el siete por la mañana— donde pasé un rato, entre veinte y cuatro camaradas de mi cuño. Empezó el día en una casa de vacas conocida, que está al pié del cuartel de la Montaña. Medio cuartillo de leche y una torta azucarada se zampó aquel caballero. Por lo que vi, por las trazas de aquel mozo, conocí que le faltaban agallas para gastar, porque el cursi, sobre que regateaba como cualquiera señora, daba muy escatimadas las propinas, y las vueltas cuidadoso recontaba para ver si estaban bien. Se encontró una ciudadana al dejar la vaquería —una chula muy salada— bien vestida, buena moza, y como la convidara y ella aceptase, tomaron el tranvía que pasaba justamente por allí; y ambos, en menos que canta un gallo, se hallaron, llenos de risueñas esperanzas, en la Puerta del Sol, donde se apearon. La chulapa, por invitación del mozo que amable la acompañaba, entró en la calle de Postas y en la tienda Catalana compró dos pares de medias negras y unas encarnadas. Luego, en la calle Mayor él se compró una corbata de color de lila—el suyo, según lo que aseguraba la chula—y un alfiler que tenía sobre nacar la cabeza de un venado, bastante bien modelada, con unos cuernos larguissimos. Ella lo cumplimentaba diciendo: «Está bien que el hombre tenga su retrato en casa.» Siguieron después las compras. Ella, al pasar por «La Garza» se compró un par de zapatos bajos á la americana. En el tranvía del Este, tras de tomar unas cuantas medias copas, se marcharon á las Ventas. Ya con ganas de comer—que el airecillo la gazuza despertaba—almorzar. Un arroz, bien hecho, á la valenciana, y dos ó tres platos más, y mucho vino. Acababan de almorzar allá á las dos... Entre bulla y algazara corrieron por el arroyo. Dónde cantaban, cantaban, dónde bebían, bebían

y dónde bailaban... ¡Alza, á dar pábulo á la fiesta y animación á la danza! Se columpiaron, riñeron, no faltaron bofetadas —porque donde el vino impera casos bélicos no faltan,— comieron allá á las siete, y á las ocho, y con el alma llena de satisfacción y de mostagan la panza, regresaron á Madrid. A las ocho y media entraban en Apolo, donde vieron las tres primeras; cansada la chula, determinó que cada cual se marchara á su casita; él quería subir á la de la maja y tomar un piscosavis. Ella se opuso con maña, pretextando que su madre y su hermanito y su hermana no podían consentir... Logró, en fin, que se ausentara no sin tomar cuatro duros... Mientras le daba las gracias le arreglaba el alfiler, cuidando de que las astas de la cabeza del ciervo no le pinchasen la barba al pobre pagano. En fin, cuando ella se fué, quedaba solito yo en el bolsillo del hombre. Yo estaba en áscuas pensando... «Me salvaré.» «No entro con dinero en casa... —le oi decir—Este duro que me ha sobrado, que vaya mucho con Dios.» Y tiróme al azar, pero con rabia; y... rompí varios cristales, de la taberna del Cáchas. Escándalo, confusión, pitos, serenos... Atrapan á mi hombre, que se caía de borracho. El daño tasan en cinco pesetas... Por no tenerlas, me lo zampan en la prevención... No sé lo que ha sido de su estampa.

Fui luego á parar á Fornos y entro á ser de usted. Contada queda mi historia. Una pena, una gran pena me embarga. ¡Ni siquiera una limosna se ha hecho conmigo, ni nada provechoso ni decente! A ver, pues, si usted me gasta de buen modo. Lo mejor... Un consejo... Usted me guarda; no me gaste... Al cajoncito, economía y cachaza. Váyame usted apilando, poquito á poco se alcanza reunir para la vejez la cantidad necesaria, para no morir de hambre. Sirvale á usted de enseñanza lo que le pasó á mi hombre, que me gastó sin substancia. ¡El último duro, nunca, —sinó en cosas muy sagradas— se debe gastar! ¡Mucho ojo!... ¡Que un duro siempre hace falta!

Copio lo que el duro dijo, palabra sobre palabra.

RAFAEL MARÍA LIERN

TUNDA DE AZOTES

Hay un señor Villegas que escribe críticas de libros, de teatros, de arte y literatura, y tan donosas y con tal acierto, que basta leer su «fraseología dramática» para convencerse de que ese crítico no ha inventado la pólvora... sin humo. ¡Razones de metafísica barata, de la que se vende en cualquier librería de viejo ó de lance! «Fraseología dramática» es como un capricho, y no de Goya, en que el lector buscará inútilmente si Villegas aplaude á los realistas ó los censura, si echa de menos la época en que privaban conceptillos, retruécanos é hipérboles, ó da en la flor de zurrar á los que caen, más ó menos distraidamente, en las exejaraciones de Góngora, si el achicamiento de la fantasía, como él llama á la pér-

didada del idealismo, es un bien ó es un mal, y si ganamos ó no con que el arte en una de sus formas ó maneras, se ajuste á la *verdad vivida*, como anillo al dedo, ora porque se abren horizontes más amplios y ricos de luz, ora por triste decadencia de nuestra raza.

Resúmen: que ese señor no sabe lo que quiere decir, ni lo que ha pensado viendo que le apretaba la obligación de formar juicio en el exámen de las «direcciones modernas» que se imponen al público, al escritor, al artista... menos á él, probablemente, pues no logra comprenderlas, figurándose que el pícaro positivismo anda en ello, y nos chupa la médula y nos dá ojos de linca para lo pequeño y de topo, ó cosa así, para lo grande. Casi prefería á Cañete ó á Bustillo que le ha reemplazado, lo cual no me admira como me admiraba, por ejemplo, que el discretísimo Mariano de Cavia llevase el tanto de culpa de la escena á «La Ilustración.» ¡Esas Ilustraciones sí que andan por la edad de piedra que el crítico Villegas evoca, copiando una frase de Sarcey!

«Es evidente que aquel teatro (el de Calderón, el de Shakespeare) valía más que el moderno.» Es evidente; pero ¿qué culpa tiene el arte? La tendrán los autores, y no por *achicamiento*, ni por pobreza de fantasía, ni porque impere la estética de Moratin, ni porque «la ficción y la realidad se aproximen hasta el punto de confundirse» (¡anda, salero!), ni porque V. llame á Ibsen el *más naturalista* de los dramaturgos contemporáneos, que es otra gracia de las que más sal y pimienta tienen, sinó por la clara razón de que todos los días no nacen Calderones, ni Shakespeares. Ya vería Villegas, si apareciese otro Moratin, como no echaba de menos la época dichosa en que bastaba aproximar un dedo á los labios para que fuese indicio de que existía una pared entre dos interlocutores, ¡y cuidado si eran fuertes las tragaderas de nuestros abuelos para forjarse la ilusión de que veían en las tablas el muro... ¡ideal! —Tantas como las del crítico de «La España Moderna» para creer y decir á sus lectores «que el teatro aspira hoy á ser copia, casi fotográfica, de la realidad,» y que «una escena de hospital es el mejor cuadro de la exposición»: argucia de mala ley que han empleado —y está ya en desuso— los gofos de todas cataduras para poner en lo ridículo fórmulas nuevas, sanas y vigorosas, muy conformes con los tiempos que se nos alcanzan, no por positivistas, sinó por sensibles al adelanto del espíritu. Y no hay tales fotografías en el teatro, ni en cosa alguna del arte, sinó en la desmedrada imaginación de los Villegas. Eso de la *verdad* que no comprenden —y que es cosa distinta, para la estética, de la *verosimilitud* que baraja el crítico —es *verdad vivida*, respecto de la *copia*, de los signos exteriores, *sentida* respecto del *artista*, del *novelador*, del *dramaturgo*... Por Dios, caballeros, está bien que alabemos Vdes. del realismo, pero no conviertan al artista en máquina fotográfica. ¡Y que nos salga ese señor Villegas —que ha sucedido á Clarin, á Clarin nada menos, en «La España», como Bustillo á Cavia en «La Ilustración» — con tales desaguisados, ahora que entrevemos ya otras fórmulas, otros horizontes; ahora que el crítico — el verdadero crítico — tiene materia de estudio en las «direcciones» (cuando yo digo direcciones es que remedo á Villegas) hacia la idealidad religiosa (y esto no tiene que ver con el idealismo, ni con los formularios de ninguna religión, sinó que es cosa muy humana,) en que han entrado algunos novelistas, y me parece que no con muy buen pie!

* *

No digo que la escuela realista decaiga, ó que no esté ya bien hablar de estos y otros ismos. Se hablará por mucho tiempo, más aún entre nosotros... y gloriosamente. Que nuestro realismo no es cosa de hoy... y acaso tampoco precedera: es como un centro de que emergen ideas, fórmulas, géneros, modos del arte: ayer nuestros picarescos, (en cierta manera el idealismo de D. Quijote exáltado con la vulgaridad de Sancho —y que ha hecho que los de aquí y los de allá quieran el hermoso libro para sí); mañana algo que está próximo, pero grande, inmenso... Paul Bourget, Tolstoï (sano, sin caricaturas, sin los espejismos que á él propio engañan y engañan á muchos) Ibsen... ¿qué sé yo? Alguno que se puede precisar bien aún, pero que se siente ya en el aire que se respira. Y noto que insensiblemente he hecho lo que el Sr. Villegas, citar á Ibsen. Esto me duele, porque ahora todo el mundo busca la manera de mezclar el nombre del autor noruego en sus escritos... y tengo para mí que unos sin leerlo, otros sin estudiarlo, los más sin comprenderlo. Tal el crítico de *La España* que le llama el más naturalista, y luego, hablando de *La Dolores*, le presenta como investigador del sentido oculto de las cosas, empeñándose con «Augier, Musset, Dumas, Ayala, Echegaray, Galdós, Sellés» (¡aprieta, aprieta!) en que es planteamiento de un problema el teatro. Si se supone que tiene razón en lo último ¿por qué le llama naturalista? El naturalismo no plantea nada, y mucho menos resuelve problemas, ni ofrece tales complicaciones en su escasa metafísica, ni Ibsen es responsable de que Villegas, y otros que no son Villegas, se empeñen en ver fantasmas donde no los hay.

¿Quién creará que los modernos, como les llama la crítica anónima (una crítica que se suele ejercitar consultando el diccionario de Larousse) emplean pobres recursos para conmovier y agradar?

Nó; las pinturas soeces y viles, los relatos espeluznantes y asquerosos no se hallan en los libros, ni en los dramas, ni en parte alguna. Lo dicen algunos señores, que están siempre enterados de todo, menos de que no se critica, seguramente, condenando fórmulas sin examinarlas. ¿Que hay escenas de hospital en las narraciones? ¿Y el ojo del lector vé la escena y no vé el arte con que está presentada? ¡Grande pecado presentar la vida tal cual es! ¿Qué culpa tiene el artista de que en el exámen minucioso del mundo y de las pasiones que hieren á la humanidad se haya encontrado con que abundan los caracteres ruines, el crimen y el dolor? Confesemos, por mucho que nos duela, que la humanidad no es raza fuerte, en que abundan los de espíritus superiores. Lombroso ha dicho, no hace muchos días, que el arte *debe* describir la naturaleza y la vida estudiándola en la realidad, y á mí me parece que hacen bien los artistas modernos en mostrar las llagas, lacerías y miserias de los humanos, y en no querer que caiga sobre su conciencia la responsabilidad de lisonjearles presentándolos más perfectos y mejores que no lo son.

Pero la realidad no se circunscribe á eso: son reales los hechos que observa la psicología experimental; son reales las aspiraciones de un vago idealismo religioso... y es realista Ibsen (no naturalista) en cuanto pone del mundo práctico caracteres, personas, lenguaje, incidentes de acción para virtualizar el símbolo y referirlo á ideas, preocupaciones, vicios que no penetrará quien tome lo abstracto por la forma individual con que se representan. (Conste que esto es un apunte y no un juicio del teatro de Ibsen; para hablar de Ibsen hay que hablar mucho y bien, y no por capricho de citarlo, como hacen nuestros Villegas.) El triunfo del realismo obedece á esa variedad con que se adapta á las formas del arte, del gran arte, y el secreto consiste en saber interpretar los sentimientos humanos según las modificaciones que en la vida real sufre el espíritu. «El conjunto de emociones y sentimientos humanos es en todo tiempo uno mismo; lo que modifica constantemente artes y artistas, la variedad que se nota, pertenece á la filosofía y á la ciencia.» Puede que tenga razón Lombroso, que es quien ha dicho eso.

*
*
*

Quisiera hablar un poco de dos libros: *El Maestrante* de Palacio Valdés y *El Ratoncito* de Miró y Foiguera; però ese señor crítico de *La España* me ha obligado á agotar las cuartillas. Por cierto que Villegas dá de firme á Valdés... No se fien, porque ya se ha dicho que no vé muy claro quien osa declarar que «aquí lo poético es cursi.» ¡Vaya, y que se empeñan esos señores en negar al realismo la facultad de sentir la poesía, como si la poesía sólo pudiera ser expresada en renglones cortos, más ó menos bien rimados! Dígase que estamos bastante mal de poetas, que no tiene culpa el realismo si nos abruma la vulgaridad, vicio, neurosis de nuestros tiempos... y que lo *cursi* es acogerse á la hermosa libertad de escribir lo que se piensa sin pensar lo que se escribe. Y no habrá error.

J. FERNÁNDEZ LUJÁN

AL MES DE MAYO

Mes de Mayo, mes de flores, mes alegre, mes gentil, que en pós vienes del Abril y tienes por trovadores al cefirillo sutil, jilgueros y ruiseñores.

Detén tu curso, detén, por favor, yo te lo ruego; mira que pisamos fuego, y que vengas no está bien, no está bien que tu sosiego se meta en ningún belén.

Que, según los timoratos, á tu llegada triunfal, se armará un berengenal como entre perros y gatos, y á más de pasarlo mal pasaremos malos ratos.

Pues dicen los alarmistas, con su eterno discurrir, que los fieros *anarquistas*, van á la calle á salir, para darle que sentir al *parné* de los rentistas.

Y aseguran (me horripilo de pensarlos solamente) que una *huelga permanente* nos hará sudar el kilo, y que tendremos de un hilo nuestra existencia pendiente.

Que si con su *fiero* afán logran llegar á la meta los que en *ayunas* están, si no los lleva pateta, hasta en los niños de teta

los comillos hincarán.

Y, siguiendo tal desvío, destruyendo sin cesar, con furor brutal é impío, afirman ha de llegar cual agua la *sangre* al río, ó, mejor dicho, á la mar.

A creer tanta *tragedia* á la verdad me resisto, pero, como por lo visto la carencia nos asedia, habrá la de Dios es Cristo si Cristo no lo remedia.

Al aliento engendrador que en tu espíritu se encierra, no le conviene el fragor de las *luchas* de la tierra, ¿para que quieres la guerra, siendo *cuna* del amor?

Así pues, *mes de los meses*, mirando tus intereses, olvida valles y oteros, no escuches los gritos fieros de obreros y de burgueses, de burgueses y de obreros.

Ya que por vivir *holgados* muchos, mirando su bien, con agravante desdén traen á la paz cuidados; huelga, Mayo, tú también, huelga tú, rey de los prados.

En tu seno otra vez guarda de tus brisas el encanto, y tarda en llegar, y tarda en tender tu verde manto,

pues la sombra del espanto solo en el mundo te aguarda.

Decreta á los pregoneros de tu célica hermosura, ruiseñores y jilgueros, que otra vez en la espesura, huyendo la desventura, váyanse á esconder lijeros.

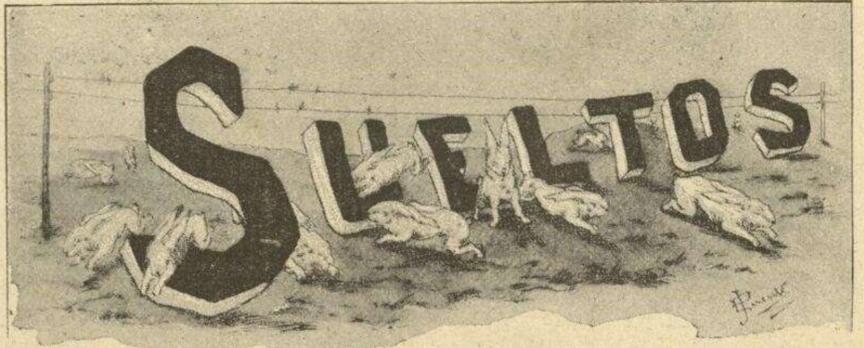
Avisa á las tiernas flores que no habran aun sus capullos, y que paren sus arrullos los insectos voladores, para dar paso á murmullos

de venganza y de rencores.

Que, aunque es fácil que en solaz la *protesta* se convierta, ¡Mayo!... no seas audaz; cierra de tu amor la puerta, que, si el encono despierta, en peligro está la paz.

Con tus dichas bendecidas no dejes tu ardiente nido, mes de Mayo, mes florido, pues las *huestes aguerridas* podrían darnos *corridas* y tú... ¡quedarte *corrido!*

JOSÉ M.^a CODOLSA

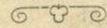


Ha pasado el terrible día de las horripilantes huelgas y, burgueses modestos, nos hemos palpado, una por una, todas las esquinas de los huesos, encontrando, con gran satisfacción, que no nos falta absolutamente nada.

Los trabajadores han vuelto á sus habituales faenas, después de celebrar la fiesta del trabajo de la manera que el bolsillo ó los *malos espíritus* les han permitido, y á estas horas las huelgas hubieran acabado completamente, si no fuera por una que me parece que va á durar muchos años.

La de los comentarios.

Que ¡claro está! ahora, más que nunca, ¡huelgan!



Según datos comprobantes, en París hay, nada menos que tres ó cuatro galenos por cada mil habitantes.

Así es que la Facultad, bendita de Medicina, está, la pobre, que trina... mas aun que la vecindad.

Los médicos andan locos al ver que hay *pocos en cama*.

y estos se mueren de escama al pensar que son tan pocos.

Tullidos hay que, comprenden que su vida está perdida, y ante el doctor... ¡se defienden como gato tripa arriba!

La cosa es grave, y por mí clama esto á todos los santos: si para matar son tantos, ¡cualquiera se cura allí!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. del Bronce. Ahí vá un fragmento, porque de lo bueno poco.

«Faltan sombras vencedoras que surcan las hijas vellas, ni corazón que no centellas, de adorar tantas pastoras, cuan marineras son ellas.»

¡Demonios colorados!

M. M. M. *Madrid*. No publico el artículo porque, no haciendo política el periódico, podría parecer ya demasiado. Pero conste que me gusta y que le agradezco á V. sus buenos deseos.

J. J. LL. *Valencia*. Si, señor, si, está muy bien que V. se muera por ella cuando quiera; pero, ¡que no lo sepa el público!

J. P. G. Pues lo echo al hoyo, pero, antes de echarlo, le digo á V. que no lo hace mal.

D. L. S. V.

Si es broma puede pasar, pero, á ese extremo llevada, ni aun mejor versificada la habia de publicar.

J. V. Eso de «al *arrajear* el hermoso día» es una licencia poética, capaz de destrozarle los oídos á un herrero sordo. ¡Y es lo único que tiene gracia!

Silos. Aguardo, para publicarla, á que sea octosilabo aquel verso que dice:

«como la luz de la alborada»

Pero, hombre: ¿los miden Vds. con las gomas de las botas?

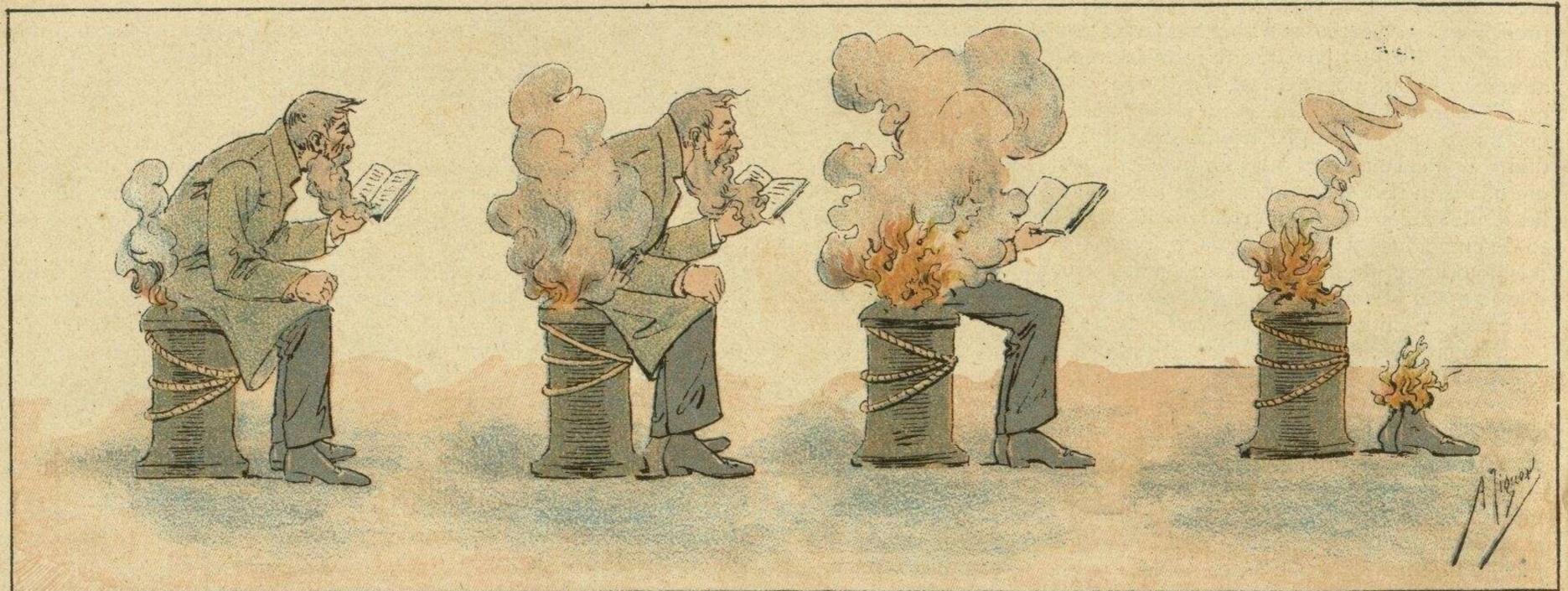
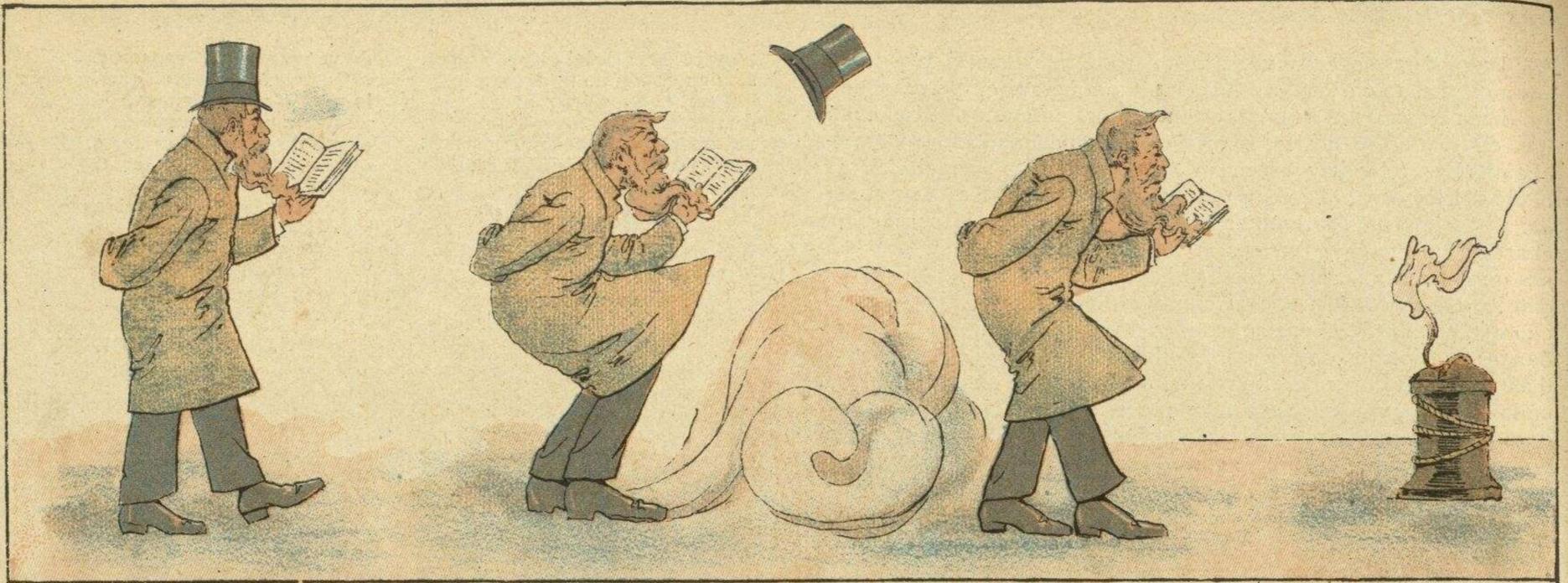
D. P. G. *Madrid*.

¿Dos décimas, y hay en una cinco asonantes seguidos? Y eso que es autor dramático... ¡ya se le conoce al chico!

J. de R. R. Júreme que es de V. y, después que me lo jure, apuesto á que no me lo creo todavía.

(Quedan más cartas por contestar.)





VERMOUHT UNIVERSAL

MANSIÓ

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES QUE HA TOMADO PARTE

APROBADO POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS DE CATALUÑA

FABRICA EN SANS, CALLE DE COLÓN, NUM. 88

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES Y RELIEVES

JOSÉ BUSQUETS GEORGE

Olmo, 8.-BARCELONA

REGENERADOR
UNIVERSAL

EL MEJOR TÓNICO,
DEPURATIVO
Y RECONSTITUYENTE

Cura todas las enfermedades debidas á la impureza ó debilidad de la sangre: raquitismo, escrófulas, flujos, clorosis, anemia, desarreglos menstruales, herpes, venéreo, & &.

Los débiles, linfáticos y convalecientes deben tomarlo

DEPÓSITO: J. URIACH Y C.
Calle de Moncada, 20.-BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona.	trimestre	2 Pesetas
Provincias..	semestre	4 „
Ultramar y extranjero.	un año	13 „

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL.-Calle de Chile, número 2164

Se admiten anuncios para este periódico